Divina Providencia! ¡Por qué ocultos caminos conduce la frágil nave de nuestra vida, y cómo del oscuro fondo de las tinieblas del dolor hace brotar la luz del consuelo y de la alegría!

Mi hogar es ahora un asilo grato y reposado para las tristezas de mi corazon; en el fondo de toda alma noble y sensible, hay siempre una dósis más ó ménos grande de melancolía: la que yo tengo no es pequeña, pero el recuerdo de Lucía ha perdido ya toda su amargura, y parece como que me hace una grata compañía: me ocupo mucho de la educacion de mis hijos. Irene será á los doce ó trece años una verdadera artista: se ocupa ahora en pintar un cuadro que representa *La oracion del huerto*, y que dedica á Roberto: así que esté concluido, te lo remitiré embalado con el mayor esmero.

—¡Vaya un asunto que has elegido para nuestro tio! exclamó Adriano el dia que su hermana empezó el cuadro: ¡como estará él tan poco triste!...

—Precisamente he elegido por eso este asunto, dijo Irene: porque comparada con la gran tristeza de Jesús, que llegó hasta hacerle sudar sangre, mi tio Roberto hallará la suya pequeña.

¿Puede discurrirse una contestacion más elocuente y más tierna? Juzga por ella el alma y la superior inteligencia de mi hija, y díme si no debo estar orgulloso.

DIEGO.

XVII.

Luisa á Lucía.

Barcelona, Marzo 18...

Me caso, querida mia: dentro de dos ó tres dias salen para esa mi futuro y su hermano mayor, que van á comprar los regalos para mí; ya supondrás les he encargado que no bien se sacudan el polvo del camino, vayan á verte: por favor te pido, Lucía, que les acompañes para las compras de sombreros, encajes y alhajas, pues son catalanes, con mucho dinero, pero con muy poco gusto; y seria triste el que gastasen una enorme suma para treerme cosas que no me gustarian, y que por consiguiente no habia de usar.

Mi prometido esposo no es ni feo, ni bonito, ni tiene nada de elegante: á los ojos de la mayoría de las gentes, pasará por una vulgaridad: yo le encuentro sin embargo distinguido, por las nobles cualidades de su carácter y de su corazon: es muy comerciante, muy amante del trabajo, y no ménos del lucro; pero creo que no hará una accion baja, ni por ganar 20 talegas.

No es mi futuro marido galante, pero es tierno y previsor: su cariño no lo prueba con frases melosas, sino con acciones que me dicen claramente que piensa constantemente en mí: esta es la verdadera galantería, ó á lo ménos, yo

que soy más bien una mujer práctica que dada á ilusiones, creo que las zalamerías de los hombres ocultan casi siempre alguna gran perfidia.

Acompaña á mi novio su hermano mayor: mi futuro cuenta solo veintiocho años: su hermano treinta y dos: te confieso, Lucía, que abrigo la grata esperanza de que se enamore de tí: creo que á fuerza de oir lo que te alabo, lo está ya: porque, como te quiero tanto, á cada instante te nombro: ¡qué dicha seria para las dos el que, ya que eres mi hermana de corazon, lo fueras tambien por los lazos del parentesco! ¡Ah, si vinieras á vivir á esta bella capital, á esta industriosa y culta Barcelona, muy dichosas seríamos las dos! No hallarias gran diferencia entre ella y París, porque los catalanes, más que españoles, parecen franceses por su cultura y amor al trabajo.

Mi futuro y su hermano son propietarios de una gran fábrica de tejidos: nada entienden de la farsa mentirosa de los salones: llaman á las cosas por su nombre, piensan con rectitud y sienten profundamente: aun obedecen y respetan á su padre como cuando eran niños: aun se recogen á su casa antes de las doce de la noche: aunque su fortuna es muy buena, gastan poco, y no deben nada, por más que el deber esté muy de moda: toda la semana trabajan: tienen una hermosa finca campestre, y un abono en dos teatros. Marcial, mi futuro, es bastante guapo, lo que se llama un buen mozo: su hermano Cárlos, tiene ménos estatura y ménos corpulencia, y es más grave y melancólico que Marcial. Dicen que Cárlos tuvo unos amores bastante largos, y que cuando ya iba á casarse, se murió su novia: esto hace más de cuatro años, y aun no ha dejado de llorarla ni un solo dia: tal constancia debe mirarse como cosa extraordinaria en el sexo egoista por excelencia.

Casi puedo asegurarte que estoy enamorada del padre de Marcial; más me gusta el padre que el hijo; porque mi futuro suegro une la dignidad de sus años á esa bondad que gana todos los corazones, y que es el único encanto de las canas: el único no: porque este anciano tiene tambien el de una instruccion poco comun, y el de una perfecta educacion.

De la pureza y dignidad de su larga vida, responden el amor y el respeto de sus hijos: solo se estima altamente, solo se ama con ternura, á los padres que lo merecen: cuando los padres descienden de su sagrado pedestal, no tienen que lamentarse de la desconsideracion de su familia, porque es el castigo de sus faltas.

Mis hermanas no serán jamás verdaderamente queridas de sus hijos: la una tiene el carácter tan blando, ó tan egoista (aun no lo he podido definir), que deja que sus cuatro hijos hagan cuanto quieren: la otra es irascible y dominante: pero despues de negarse durante

una hora á satisfacer cualquiera antojo de sus hijos; despues de castigar su llanto y su porfía, se cansa de oirlos, y les arroja lo que desean gritándoles enfurecida:

—¡Toma, y cállate ya!

Con lo cual, los niños, que saben que molestando á su madre obtienen lo que se les antoja, la molestan á cada paso sin miramiento alguno: he observado mucho, para el caso en que Dios me envíe hijos que alegren mi hogar.

He tenido carta de Cecilia, en la que me dice se ha instalado ya en Madrid en una casa pequeña, pero bonita.

Mi amada Luisa—me dice—nunca olvido la buena voluntad de Vd. y su compasion para mí, cuando me hirió la desgracia de una manera tan cruel: en toda mi vida olvidaré que mientras Lucía cuidaba de mi casa y su madre de mi pobre marido moribundo, Vd. se hizo cargo de Amelia, y le prodigó sus más tiernos cuidados: hoy que mi ánimo se halla algo más tranquilo, le escribo para darle gracias y para decirle que le deseo la suerte más dichosa, y que estoy segura de que la tendrá: sí, amiga mia; la bondad del corazon, el hacer bien á los desgraciados, halla siempre su recompensa, aun en este mundo.

Mi pobre marido está ya un poco mejor; aunque lastimosamente desfigurado, va llegando á un completo restablecimiento: ha perdido

el ojo izquierdo en la gran catástrofe que rompió su vida, y con el otro ojo apenas ve: el médico me ha preparado poco á poco y con gran delicadeza, al gran dolor de verle quedar ciego: venga lo que Dios quiera: mi pena, mi desconsuelo, era por él y no por mí, pues yo le quiero lo mismo ahora que antes, y le querré más, si esto es posible, cuanto más desgraciado y más desfigurado le vea: ¿qué mayor dicha para mí, que servirle y cuidarle todos los instantes de mi vida? ¡Ah Lucía, este es el amor de la esposa cristiana! amor que crece y se purifica con la desgracia: amor que perdona siempre, y que por lo mismo parece un rayo de la divina misericordia.

Así amaré yo á Marcial: sí, aunque ahora no le ame gran cosa, cuando viva bajo su proteccion, cuando con mi mano en la suya hagamos juntos el camino de la vida, entonces le iré queriendo cada dia un poco más, porque en el amor de la esposa va envuelta la gratitud.

Pierde ya, mi querida amiga, esa especie de antipatía que profesas al matrimonio: si un marido fué la causa de tu desgracia, es por que aquel marido no tenia una esposa como tú: el hombre que se case contigo no pensará en ninguna otra mujer, porque tú podrás y sabrás contentar todas las aspiraciones de su corazon y de su inteligencia.

Cásate con Cárlos si no te parece muy mal:

que como te digo, el amor lo traen al corazon las buenas cualidades del esposo: deja ya, mi pobre Lucía, esa vida de trabajo incesante, y adquiere para tu madre y para tí el reposo y la paz que á las dos os son tan necesarios.

Ya has batallado con la vida, y ya has sufrido bastante; y si vienes á formar tu nido junto al mio, daremos un ejemplo á las mujeres ateas en amor—que no son pocas—que les será útil y consolador; porque verán por él cuán fácil es hermanar el amor y la virtud, la alegría del hogar, con el cumplimiento de los más austeros y prosáicos deberes.

Adios, mi querida Lucía; estoy muy ocupada con los preparativos de mi boda: mi padre, aunque con el disgusto de separarse de mí, última de sus hijas que le queda soltera, está muy contento con mi casamiento: él mismo me presentó á Marcial, un dia que vino á su despacho para asuntos del comercio, á tiempo que yo me hallaba bordando al lado de papá: parece que agradé al que va á ser mi marido, y pidió permiso para visitarnos: al mes, no cumplido, pidió mi mano, que le otorgamos con gusto.

Mucho deseo que veas á los dos hermanos para que me des tu opinion, porque si deseo que te guste mi futuro esposo, ansío que te guste más el que te destina tu amiga

LUISA.

XVIII.

Cecilia á Mariana.

Madrid, Abril de 18...

Mi querida hermana: no extrañes mi silencio, porque es tal el cúmulo de mis ocupaciones, que no dispongo de tiempo alguno, ni aun para escribir á mi familia. Trabajo mucho y con bastante lentitud, porque mi salud no es buena: espero en Dios que la mejorará, porque, mi estado débil y nervioso tiene su razon de ser: dentro de algunos meses tendré un nuevo hijo; sea bienvenido, como lo ha sido mi Amelia; como lo serán todos los que Dios se sirva enviarme.

Nuestra fortuna ha menguado mucho: Roberto tenia mucho dinero empleado en asuntos que no ha podido resolver, y estos asuntos se han perdido por completo: aunque mi padre y mis hermanos han hecho en esta ocasion mucho más de lo que yo esperaba, muy poco han podido realizar: la insigne mala fe que reina en todas partes, se acentúa más para agravar las penas del desgraciado que ha perdido su salud y su fortuna.

Mucho deseo que vengais á Madrid, mi buena Mariana, y lo deseo más que nada por la grata y consoladora compañía que Diego hará á su hermano: mucho le consuela la de Valentina; pero cuando estemos todos aquí, cuando

pasemos las prolongadas noches del invierno al derredor de la alegre chimenea, hablando, leyendo, haciendo música, tomando té, y todo esto rodeados de nuestros hijos, entonces no tendremos nada que envidiar á los felices de la tierra.

Los hijos de Valentina son encantadores: algo menores que los tuyos, seria una dicha para tí y para Valentina el que formasen dos parejas felices. Julia y Adriano, Fernando é Irene, se conocen desde la cuna, y juntos pasarán la línea divisoria de la infancia á la juventud: verdad es, Mariana, que tus hijos son ricos, tanto como pobres son los de Valentina: pero ¿qué son los bienes terrenales para la dicha de la vida? Yo conozco ahora lo poco que suponen: pobre soy desde que la desgracia ha herido á mi infeliz Roberto: y sin embargo, hay más dicha y más contento en el fondo de mi alma, que cuando contaba con una brillante fortuna.

Mi vida, como antes te decia, es ahora sumamente atareada: me levanto con la aurora, visto y arreglo á mi hija, dispongo el órden de la casa y de las comidas, y cuando ya está la casa cerrada y limpia, visto y arreglo á mi pobre Roberto: ya hace algunos dias os escribí á Diego y á tí, que mi marido ha perdido la vista: los presagios funestos del médico se han realizado, y además de los terribles padecimientos del ojo izquierdo, que le vació el tiro, el otro ojo se ha perdido tambien despues de haber sufrido dos terribles operaciones, que han consumido nuestros últimos recursos, pues su coste—segun la moda que ahora han adoptado los médicos—ha pasado de tres mil duros.

¿No encuentras tú injusto y hasta criminal, el que los que estudian el modo de curar los males físicos, causen la pobreza y la ruina de las familias con sus vergonzosas exigencias? Cierto que cuando estas son exageradas por encima de lo posible, se llevan á los tribunales: cierto que los médicos se avienen á un arreglo: pero siempre con la esperanza, que raras veces sale fallida, de que la transaccion les ha de dejar triple ó más de lo que vale su trabajo: un trabajo que dentro de poco tiempo nadie querrá ó podrá utilizar.

Con todas estas contrariedades, nuestros medios de vida se hallan reducidos á unos diez y seis mil reales de renta, lo que es muy poco atendidos los cuidados que Roberto necesita: he despedido á la doncella, y á un criado de muchas pretensiones que habia en casa, y solo tengo una criada que me cuesta veinte pesetas al mes: es verdad que mi hermanita Lola, que se halla conmigo, me ayuda mucho: soy para esta niña como una segunda madre, y su cariño y su dulce carácter me pagan con usura todos los cuidados que tengo con ella.

Lolita cose, cuida de mil pequeñeces en el aseo de la casa, viste y peina á Amelia, y la hace andar para que se suelten pronto sus pequeñas piernas: creo, mi querida Mariana, que á las niñas se las puede hacer todo lo bueno que se quiera tratándolas con cariño, y á la vez con cierta prudente reserva: ¡qué gran diferencia hallarás ahora entre la Cecilia que has conocido y la de hoy! Largas horas de dolor han dado madurez á mis ideas, sensibilidad á mi corazon y flexibilidad á mi carácter: ya sé muchas cosas que antes ignoraba, y una de ellas es ser indulgente y benévola para todos.

¿Y Roberto? ¡Ah! tardo á hablarte de él, aunque no pienso en otra cosa, porque al empezar no sabré concluir! La altivez, la dureza desdeñosa de su carácter, se han fundido en una ternura, en una gratitud ilimitada: sufrido, paciente, parece recibir mis cuidados como otros tantos favores; algunas veces veo caer dos gruesas lágrimas por sus megillas, tributo á mejores dias; desfigurado, ciego, con el cabello blanco, Roberto se ve con los ojos del alma aun en más deplorable estado del que le veo yo. Dios abate el orgullo de los humanos, y ha hecho de un hombre robusto y en la fuerza de su edad un pobre enfermo: de un hombre rico, un desheredado de la fortuna; pero ha hecho tambien de un libertino un buen padre y un buen esposo, y de un desdichado, amargado por los desengaños,

un hombre que más tarde ó más temprano será dichoso.

—¿Cómo podré yo pagarte lo que haces por mí, mi buena, mi querida Cecilia?—me dice Roberto algunas veces: ¡ah! por mí te has convertido en una hermana de la caridad! ¡Por mí has encerrado tu hermosa juventud en el círculo de hierro de los más austeros y difíciles deberes: yo te he engañado, Cecilia: yo te prometí una suerte feliz, y te la he dado muy desdichada: tú debias abandonarme, y tendrias excusa hasta á mis propios ojos; porque mi desgracia es obra mia, y la tuya tambien!

Cuando me habla así Roberto, pongo á Amelia en sus brazos: mi hija parece penetrar mi pensamiento, pues acaricia con sus manecitas rosadas el desfigurado semblante de su padre, riendo y dándole ruidosos besos.

—Tú eres el padre de Amelia, y por lo mismo, mi solo amor en el mundo, le dije ayer.

—¿Y me quieres?

—Más que antes.

—¿No te causa horror ahora mi semblante?

—No, mi Roberto, porque el amor del alma, es más tierno y más constante que el amor físico ó material: en tu desgracia hay una gran parte de culpa mia.

—No te acuses, Cecilia: tú eres un ángel.

—Un ángel que tenia tu hogar helado, tu corazon solitario: yo no he sido contigo lo que

debia ser, y ahora lo deploro: perdóname, y consiente en vivir para mí y para tus hijos.

Roberto se calma casi siempre: pero algunas veces tiene accesos de desesperacion terribles: entonces temo que atente á su vida, y voy corriendo á buscar á mi hija, que con sus caricias devuelve alguna tranquilidad al ánimo abatido de su padre.

Por las noches, Valentina y yo leemos para distraer á Roberto: hacemos á éste que toque el piano, lo cual hace mejor todavía que cuando tenia vista. Todas las semanas trae Valentina aprendida alguna melodía nueva, que luego ejecuta para que la aprenda Roberto, al que corrige en sus dudas y vacilaciones. Valentina y yo cantamos: un amable vecino sube con su esposa á nuestro modesto piso: tomamos té, y los hombres hablan de política, en tanto que nosotras hablamos de esos mil nadas que ocupan la imaginacion de las mujeres: modas, labor, economía doméstica y educacion de los niños.

Lola y Amelia son las notas claras, el perfume, el encanto de nuestra pequeña reunion: cuando miro con dolor la noble figura de mi marido, magullada, destruida por los padecimientos; cuando le veo agobiado por una vejez anticipada, sumergido en una perpétua oscuridad, cuando mi corazon desfallece ante tanta desventura, entonces vuelvo la vista á las dos niñas, que juegan con los hijos de Valentina, y al ver este grupo encantador veo aun la vida llena de promesas, y alabo la inagotable misericordia de Dios, que nos envía un rayo de luz, cuando nos envuelven las más densas tinieblas.

CECILIA.

XIX.

Lucía á Mariana.

París, Mayo de 18...

La primera persona á la que comunico la noticia de mi próximo enlace, es á Vd., mi querida y estimada señora: quiero que sepa antes que nadie que mis desdichas van á tener fin, y que dentro de poco tiempo, dentro de quince dias á lo más, seré la esposa de un hombre digno y honrado.

El que va á ser mi marido, no me ha conquistado ni por la belleza de su figura, ni por la brillantez de su ingenio: una amiga mia de la infancia, lo envió á mí, pensando que nos conveníamos, y que nos amaríamos, y no se ha equivocado en sus previsiones: Cárlos Martinez—el apellido es bastante prosáico—me ha dedicado desde que me ha conocido un gran cariño, y lo que es mejor, una gran estimacion: venia con su hermano menor, que se casa con mi amiga, á comprar los regalos para la novia,

y su primer cuidado despues de descansar, fué venir á visitarnos á mamá y á mí: nuestra casa, tan modesta que es casi pobre; nuestra vida de asíduo trabajo, les interesó: cada noche venian los dos y nos acompañaban un rato. Cárlos, cuyo carácter es grave y melancólico, parecia hallarse bien con nosotras, y una noche me dijo:

—Señorita, hace cuatro años, y al ir á casarme, perdí á mi prometida, y la he llorado hasta que la he conocido á Vd. El cariño y la estimacion que ha sabido Vd. inspirarme, han reemplazado á los que le profesé: conociéndola á Vd., se ha aliviado el dolor de su pérdida, y he comprendido que podia tener reemplazo la mujer que tanto quise: si no halla inaceptable esta viudez de mi corazon, ¿quiere ser mi esposa?

Yo le dije que necesitaba pensarlo, y que le contestaria dentro de cuatro dias: durante ellos he reflexionado mucho y muy tristemente, mi querida señora: me he dicho que tengo ya cerca de veinticuatro años, que es probable que no tenga otra ocasion de casarme como la que ahora se me presenta, pues hacemos mi madre y yo una vida muy retirada; que mi pobre mamá tiene ya muchos años, y que necesita reposo y cuidados; y despues de muchas reflexiones, me decidí á aceptar este enlace, advirtiendo, sin embargo, á mi pretendiente que en la

actualidad no le amo, y que lo que le profeso es aprecio solamente.

—Tengo la seguridad, me dijo, sonriendo, de que á los dos meses de casados me amará usted, querida Lucía.

—Así lo creo yo tambien, repuse, y espero me perdonará la franqueza con que le he hablado, amigo mio.

En vez de una canastilla para Luisa, se han comprado dos iguales, pues á pesar de mis súplicas, Cárlos ha gastado lo mismo que su hermano Marcial, el novio de mi amiga: encajes, alhajas, sederías, cachemires, terciopelos: una maravillosa coleccion de preciosidades llevamos á Barcelona: y digo *llevamos*, porque marchamos todos juntos: el anciano padre de Cárlos y de Marcial quiere que las bodas de sus dos hijos se celebren en el mismo dia, y desea que los dos matrimonios vivamos con él, dándonos habitaciones independientes, y conservando él su propia libertad.

Por tanto, mi querida amiga y señora, mi buena madre y yo volvemos á la patria, de la que ya sentíamos la nostalgia, y yo soy completamente dichosa al ver el contento de mi pobre mamá, que siente dos felicidades á la vez: la de mi casamiento, y la de volver á su querida España.

A la verdad, mi querida señora, puedo asegurar á Vd. que jamás he dejado de creer en la

bondad y misericordia de Dios: si alguna vez en las grandes pruebas de la vida he llorado con afliccion profunda, jamás se ha mezclado á mis lágrimas la iracunda queja ó la colérica rebelion: ahora no ceso de dar gracias á Dios por la ventura inmerecida que me envía: ahora en mi corazon hay un himno de gratitud hácia mi Padre celestial.

Hace algunos meses tenia yo todavía invencible aversion al matrimonio: habia visto á mi madre, víctima de los desórdenes de su segundo esposo, pues muy jóven todavía quedó viuda de mi padre; la habia visto llorar, sufrir y quejarse de su desgraciada suerte, y ésto, unido á tantos maridos como he visto viviendo como si fueran solteros, me habia inspirado horror al lazo conyugal: pero despues he estado sujeta largas horas á un trabajo improductivo, y he temblado de que una enfermedad paralizase mis manos, y dejase á mi pobre madre sin el preciso sustento.

Ahora ya estoy libre de ese cruel temor, y no hallaré nunca bastante gratitud para la mano bienhechora que nos salva de la miseria: creo que seré buena esposa, que sabré hacer agradable á mi marido el hogar, y que verá en mí á la fiel compañera de su vida.

Mis discípulas sienten mucho mi marcha: he usado siempre con ellas de mucha indulgencia, á la vez que de un método severo é inalterable: estudiaba con ellas, les ayudaba á vencer las dificultades, las aconsejaba en las pequeñas dudas, y consolaba las infantiles penas que con toda franqueza me confiaban: era para ellas, más bien una hermana que una preceptora, y yo aconsejo este método á cuantas personas se dediquen á la enseñanza, pues á mí me ha dado grandes resultados.

Cada una de estas amables niñas me ha hecho un delicado presente: una, diferentes paisajes pintados por ella; otra, una preciosa sortija; otra, un jarron de porcelana para flores, y otra un lindo álbun para retratos, figurando el suyo en el primer hueco.

No puedo expresar á Vd., señora, cuánto he agradecido estos dulces recuerdos: ellos me dirán siempre que he acertado en la difícil empresa de la educacion de la juventud: y si algun dia, Dios, que es el dueño de todas las grandezas humanas, me dejase sin fortuna, acudiria, para ayudar á mi marido, á ese medio, el mejor y el más honroso que conozco; porque nadie es acreedor al aprecio de la sociedad como las dignas personas que se dedican á formar el corazon de la juventud.

Abandono dentro de algunos dias este hermoso y brillante Paris, sin pena alguna: ansiaba volver á España, y no me atrevia á esperar que pudiera hacerlo nunca, y mucho ménos con la posicion honrosa y tranquila que voy á dis-

frutar. ¡Bendito sea Dios, otra y mil veces, que me concede volver á ver el cielo de mi patria, y rezar sobre el sepulcro de mi padre!

Tengo esperanzas de volver á ver á Vd. en Madrid, mi querida señora, y creo que así suceda: hasta entonces ya sabe que en Barcelona tiene un corazon todo suyo: un corazon que desea borrar, con su afecto respetuoso, toda la amargura que rodea mi recuerdo; una amiga fidelísima que desea servirla en todas las ocasiones de su vida.

LUCÍA.

XX.

Valentina á Lucia.

Madrid, Junio de 18...

Mi queridísima amiga: He recibido con el más grande placer la muy grata de Vd., y sé por ella lo feliz que se encuentra al lado de su nueva familia: Dios es bueno, querida mia, y tarde ó temprano nos envía la recompensa de la virtud y de la conformidad: es verdad que muchas veces parece triunfar el mal: es verdad que algunas veces la injusticia humana nos causa acerbas penas: es verdad que en medio de nuestro dolor, nos decimos muchas veces que valemos más, mucho más, que los que disfrutan

una suerte feliz: pero todas estas rebeliones del espíritu son hijas de la debilidad de nuestra fé religiosa: si creemos firmemente, nuestra confianza en Dios será inagotable.

Yo he sido acusada de estupidez, hasta por mi hermano, al que tanto quiero y que me ha querido siempre á su vez con entusiasmo: me decia—y lo que es peor, lo decia á todos—que habia perdido toda confianza en mí, porque le habia aconsejado un casamiento que le habia hecho completamente desdichado: ¿qué seria hoy de él, si no se hubiera casado con el ángel que está á su lado? ¿Qué seria de él, si su pobre esposa no tuviera la paciencia de una santa y la resignacion de una mártir? ¿Qué seria de él si Cecilia, si esta mujer que le pesaba ver á su lado, hubiera sido una mujer vivaz, irreflexiva, una mariposa de los salones, sin firmes creencias religiosas, sin fé cristiana, sin amor invencible á sus deberes?

Una mujer de las que agradaban á mi hermano, una de esas mujeres brillantes, de imaginacion ardiente, de locas pasiones, es la que ha causado la desgracia de Roberto, su desgracia eterna, su desgracia completa, sin remedio y sin consuelo: porque esta desgracia ha traido entre sus pavorosas sombras la muerte de la mujer que le amaba, y la de un anciano que ningun mal le habia hecho.

Las grandes cualidades que eran antipáti-

cas á mi pobre, hermano como otros tantos defectos, son hoy el solo consuelo, el único apoyo de su desdichada existencia. Cecilia le acompaña, le distrae, le consuela, porque le adora: su carácter sério, su calma, su apego á la casa, la modestia de sus gustos, todo esto es ahora elemento inagotable de consuelo para Roberto, que ha encontrado en su esposa un verdadero ángel custodio, que ha sabido reconciliarle con la vida, y separar su pensamiento de lo que era la idea fija de mi pobre hermano: del suicidio.

Mariana y Diego han llegado ya de Sevilla y se han establecido en Madrid: los tres hermanos estamos juntos, y nuestros hijos crecen unidos por la más dulce afeccion: Amelia tiene ya dos años, y hace un mes que su madre le ha dado un hermano: el nacimiento de Fernando ha sido una alegría para todos, y sobre todo para su padre. Roberto ansiaba un hijo varon, y Dios se lo ha concedido, cuando le ha herido la desgracia. ¡Bendita sea su sabia providencia, que al lado del dolor pone siempre el consuelo! Cuando ha tocado la cabeza de su reciennacido, dos lágrimas han caido de sus ojos sin luz, arrancadas al dolor de no poder verle: pero Cecilia le ha abrazado, le ha besado con ternura en la frente, y le ha dicho:

—Ahora yo te diré cómo es y las variantes que vaya teniendo: y luego ellos dos serán tus ojos, y te explicarán todas las cosas que tú deseas ver: has perdido dos ojos, y tienes seis; los de tus hijos y los mios.

El niño es hermoso, porque la deformidad de su padre no es nativa, si no accidental: Amelia es una criatura preciosa, y la belleza de su madre tiene ahora algo de sublime: todas las líneas de su bello rostro, han perdido ya la rigidez que las penas de su desgraciado enlace la habian impreso: sus hermosos ojos se han vuelto infinitamente dulces: su paciencia es inagotable, y todas las penas que pasa con su familia, le parecen un don del cielo: procura que sus dos hijos acompañen constantemente á Roberto, el niño en la cuna, y Amelia al cuidado de su niñera ó sentada en un cochecito, donde juega ó duerme como su hermano. Reducido Roberto á la mitad de sus recursos, los gastos de su casa han tenido que reducirse mucho: sin embargo, Cecilia hace un empeño generoso de que nada le falte, de que nada eche de ménos: sus comidas, su café, su licor favorito, su chimenea, su elegancia habitual para todas las cosas, en nada han variado. En cambio Cecilia y su hermana Lola que la acompaña siempre, se privan de mil cosas, para que los gastos sean menores.

¡Qué feliz se muestra Cecilia por su contínuo sacrificio! Cuando durante la velada nos reunimos todos al derredor de la alegre chimenea en su casa ó en la mia, nadie habla y rie tanto como ella: nadie anima tanto para la lec-

tura, para que se haga buena música: cuando canta, hace que la acompañe Roberto, y ella misma acompaña á Lola alguna sencilla melodía de salon.

A las once se toma el té: Roberto oye la lectura de los periódicos, que le hace Diego, y con la ayuda de éste, es probable que termine algunos negocios que tiene planteados, y se ocupe de algunos otros; en fin, mi amada Lucía, en medio de la pena que nos causa la desdicha de mi hermano, podemos llamarnos felices.

Yo estoy contenta, mi querida Lucía, de saber que Vd. lo es tambien: he visto por su carta de Vd. á Mariana, recibida ayer, que la mayor armonía, que el más grande cariño reina entre toda su familia; que su esposo de Vd. la adora, como no podia ménos de suceder; que Luisa es para Vd. una hermana cariñosa, y que el venturoso anciano padre de tan buenos hijos, tiene una vejez dichosa y tranquila, rodeado de los cuidados de todos ellos.

Su madre de Vd., querida mia, no podia haber logrado una vejez más tranquila: es verdad que su bondad, su ternura, su tolerancia, merecian este dichoso fin de una vida irreprensible y consagrada al deber: no se necesita tener un talento de primer órden para hacer la dicha de los suyos; y si algun golpe cruel del destino viniera á herir el corazon de mi Julia, yo tomaria ejemplo de la prudencia y ternura

de que en los dias de la desgracia hizo prueba su buena madre de Vd.

Adios, mi querida Lucía; algun dia espero la visita de Vd. acompañada de su esposo: ya sabe Vd., y lo mismo su amable familia, que aquí tienen una casa suya, y corazones amigos: no me olvide, y cuando Dios le dé hijos, díganles que á pesar de todas las pruebas que Dios les envíe, no desconfíen jamás de lo inmensa que es la divina misericordia.

VALENTINA.

FIN DE LA OBRA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO